

LAS RUINAS DE LA MONCLOA

POZUELO

ANOCHE soñé que volvía al Palacio de la Moncloa. Al pasar las verjas se me apareció el palacio iluminado como en las noches de fiesta.

Luego, una nube oscureció la luna y se vio la desgarrada silueta de las ruinas...

Lo que soñé anoche era que yo era Adolfo Suárez; Adolfo Suárez que soñaba que volvía al Palacio de la Moncloa y se lo encontraba en ruinas. Curioso sueño. Mi psicoanalista se frotaría las manos con fruición, me pediría detalles. Yo le explicaría que todo estaba formado de las vivencias de unos cuantos días. Había visto otra vez el casi inenarrable «travelling» del principio de *Rebeca*: «Anoche soñé que volvía al castillo de Manderley...», asoma un poco en los telescremos que hay en escena en «El taxidermista», de García Pintado: me había fascinado tanto volver a ver de nuevo esa profundidad que luego la repetía y repetía en mi recuerdo. Durante aquellos días leía con el apasionamiento del que todavía es uno capaz las trapisondas de UCD después de las elecciones de Andalucía...

—¿Por qué usa usted la palabra «trapisonda»? —me pregunta el psicoanalista.

—Bueno...

—¿Qué le sugiere a usted la palabra «trapisonda»?

—El Imperio de Trapisonda... o de Trebisonda, según otros autores... Ya sabe usted, esa especie de apéndice, de miembro separado, del imperio otomano que fundaron los Comnenus, los descendientes de Manuel Eróticos Comnenus hacia el siglo XIII...

—¿Ha dicho usted «eróticos»? ¿Ha situado usted ese nombre en una frase donde aparecen también las palabras «apéndice», «miembro»? ¿Al decir «miembro» no ha añadido usted «separado»; o sea, escindido, o sea, cortado; o sea, castrado...?

—¡Ah, no, eso no, por favor! No sea

usted siempre así, tan, tan..., freudiano, tan reichiano, tan obseso sexual... Déjeme seguir con mi propio hilo. Bueno, el imperio de Trebisonda saltó mucho en las novelas de caballerías, estaba relacionado con las Cruzadas, y se describía como un mundo de enredos, jaleos, tumultos, algarabía... Bueno, la palabra algarabía se me ha metido dentro por el título de la última novela de Jorge Semprún. Estuve en su presentación, y un caballero mayor le reprochó a Semprún utilizar esa palabra que tenía en castellano un sentido peyorativo para referirse a las experiencias del mayo francés... Me hace usted perderme otra vez. Si pudiera callarse un momento, que es la parte principal de su trabajo...

Hace un gesto y se calla. Mi psicoanalista no existe en la realidad externa, pero sí en la interna: lo llevo dentro de mí y a veces lo suelto contra los demás. Me es muy grato dejarle hablar por dentro cuando estoy en el círculo familiar: veo a mi suegra, dulce, tersa y falsamente juvenil, que quisiera sustituir a su hija en el papel de ama de casa; veo a su hija, mi esposa, que por días se hace austera, dirigente, controladora y dominante; querría ser su madre. Veo a mi hija, que querría ser yo, y al mismo tiempo su madre, y al mismo tiempo su abuela. Me veo a mí mismo rodeado de mujeres... Lo peor es cuando mi psicoanalista se encarna conmigo mismo. No puedo pensar sin contar con él. A veces pienso que hay una verdadera sustitución, que el psicoanalista es el de fuera y yo el de dentro...

—Eso se puede llamar transferencia —interrumpe otra vez.

—Bien, el caso es que no es muy extraño que relacione UCD y la imagen de país creada por UCD con el reino, o imperio, de Trapisonda. Algunos de ellos son trapisondistas, como se entiende vulgarmente... Quizá está terminando todo en ruinas, también... El Palacio de la Moncloa es un símil del Imperio de la Transición (relacione usted, por favor, Transición con trapisonda...) En resumen, soñé que era Adolfo Suárez

que volvía a la Moncloa y se encontraba con las ruinas de UCD...

—¿En qué se identifica usted con Adolfo Suárez?

—No, no, en nada... que yo sepa (añado cautelosamente): la cuestión es más simple. El nombre de Adolfo Suárez me surgió viendo a la compañía de la ópera de Leipzig cantando «Los maestros cantores». Había llegado difícilmente al final, a pesar de la perfección de la orquesta y la que podía tener los coros apulotonados en la escena: están acostumbrados a un espacio grande, y el de la Zarzuela les quedaba pequeño: son tantos... Y son tan gordos... Bueno, pues había soportado toda la dureza de la larga ópera, el sueño y el hambre de un hombre encerrado con Wagner desde las seis de la tarde, y el reloj se aproximaba ya a las once de la noche, cuando oí a «Walter» rechazar los honores, los títulos y los laureles: «Ich Meister? Nein!», canta. Y entonces me acordé de Suárez, que parece rechazar el regreso a UCD y al gobierno...

—Detengámonos en Wagner. Parece usted antiwagneriano.

—Sí, creo que lo soy.

—Es una polémica demasiado antigua la de los wagnerianos y los antiwagnerianos es tan antiguo y tan fuera de lugar como ser anticlerical...

—Pues yo soy así de antiguo: anticlerical y antiwagneriano. Y no creo que sean cosas tan pasadas. Ya ve usted una parte del viejo clero montaraz, como está ahora... En cuanto a Wagner no soy capaz de no relacionarle con el nazismo. La música de Wagner ayudó a castrar durante generaciones a la juventud intelectual alemana. Como estaba diciendo, en los «Maestros Cantores», cuando llega la escena final del desfile de los gremios, con los sastres representados por una inmensa tijera...

—Detengámonos un momento más. Ha empleado usted la palabra «castrar» y luego, de las varias insignias de los gremios de Nuremberg, ha destacado usted las tijeras. No la enorme bota, ni la rosca de pan; las tijeras. Ya sabe usted el gran terror del hombre a las tijeras; son castrado-

LAS RUINAS DE LA MONCLOA

ras. A veces recuerdan las piernas abiertas de la mujer, y el miedo original a introducirse entre ellas por angustia de que se cierren y produzcan la castración...

-¡Cielos, no! Todo es mucho más sencillo...

-... y antes ha hablado usted con cierta inquietud de las tres mujeres que le rodean en el hogar. Podían resumirse en una sola: tres, y al mismo tiempo una...

-Como la Santísima Trinidad...

-En efecto. Una mujer en la vida de un hombre puede descomponerse siempre en tres: la madre, dominante y castradora; la esposa, dueña y administradora de nuestra sexualidad; la hija, o el tabú del incesto, el miedo a imaginarla amando a un hombre...

-¡Váyase al cuerno!

-...y si en una mujer se pueden ver al mismo tiempo esas tres situaciones de opresión, en tres, como es su caso, se puede ver una sola, la Gran Mujer. Viejos fantasmas, recrudescidos en la actualidad por el feminismo, que ha vuelto a despertar los terrores ancestrales del hombre...

-En todo caso, yo quería contarle a usted mi sueño. Anoche soñé que era Adolfo Suárez que soñaba que volvía a la Moncloa.

-De su sueño estábamos hablando. ¿No vio usted el debate sobre la caída de la sexualidad masculina?

-No, no estaba en casa...

-Y no se le ocurrió dejar el video programado para ese debate. Significativo, muy significativo. Debió de ser muy interesante; yo tampoco lo vi. Usted habría ido a cualquier sitio, vista la afición que tiene usted a los acontecimientos mundanos.

-Volví a la ópera. Daban «La flauta mágica»...

-La flauta; un símbolo fálico. Yo también estuve allí. Estaba todo claro; el hombre, el muchacho aún, utiliza su flauta para alcanzar a la doncella; la levanta en alto, dura, erecta...

-Doctor ¿ha visto usted alguna vez una flauta flácida? Y, además, Mozart disponía de pocos elementos musicales para esta ficción. No iba a escribir «El violoncello mágico», o «El clavecín mágico». ¿Se imagina usted a Tamino esgrimiendo en escena un contrabajo, o un timbal? En realidad, era una alegoría política, no sexual. Era una manera de burlar las prohibiciones de María Teresa a la masonería y repetir ante el público, en escena, los ritos más secretos...

-¿Y cree usted que la política no forma parte de los sexual? Veamos,

usted sueña con Adolfo Suárez, o sueña que es usted Adolfo Suárez regresando al poder: a la virilidad. Adolfo Suárez es mucho más símbolo sexual que Leopoldo Calvo Sotelo. Suárez fue un seductor, Calvo-Sotelo un honesto padre de familia.

-¡Qué Dios le perdone, doctor!

-... y por eso Suárez ganaba las elecciones y Calvo-Sotelo las pierde. No tiene nada que hacer ante el sexuado Felipe González. No hay seducción. UCD se equivocó al cambiar la imagen. Hay momentos en que los pueblos buscan un padre, un hombre tranquilo y mayor que les de sensación de imperturbabilidad, de serenidad. Pero este no es el momento español. Recuerdo un viejo cuento inglés: hay un incendio en un teatro, se va a producir una peligrosísima estampida del público cuando alguien salta al escenario y dice: «No olvidemos que somos ciudadanos ingleses, flemáticos, impasibles, serenos ante el peligro. Permanezcamos tranquilos, salgamos con pausa...» Y perecieron todos en el incendio. Esta es la imagen de Calvo-Sotelo, impasible y tranquilo, dejando tiempo y espacio para la serenidad. Así se embrolla en el asunto de las Malvinas, así asiste al proceso del 23 de febrero, así nos lleva a la OTAN. No moverá un músculo hasta que perezcamos todos en el primer incendio. Es el incendio del Palacio de la Moncloa, que podría resultar premonitorio si usted y yo creyéramos en las premoniciones: usted lo ha visto en ruinas en su sueño. Quizá recordase usted que una vez dispararon contra el Palacio desde un automóvil y que otra vez, en una cafetería de Argüelles, comenzó la «Operación Galaxia», que fue a derivar con alguno de sus mismos protagonistas -Tejero, sobre todo- en el golpe del 23 de febrero. Usted ve en la Moncloa el símbolo de un poder que se hunde, al mismo tiempo que quienes levantaron ese Palacio -lo arreglaron, lo amueblaron con su propio estilo-, o sea, UCD. En Adolfo Suárez usted sueña el salto atrás, el volver a empezar, el sueño eterno de la eterna juventud... Como si se pudiera volver a antes del 23 de febrero. Mucha gente de UCD y de los estamentos políticos lo sueñan así. Mientras los otros sueñan que son Franco y que vuelven al Palacio del Pardo en ruinas. Somos un pueblo descontento de su propio pasado, somos profetas del pasado. El mismo libro de Jorge Semprún a cuya presentación usted asistió, sin duda llevado de su deseo

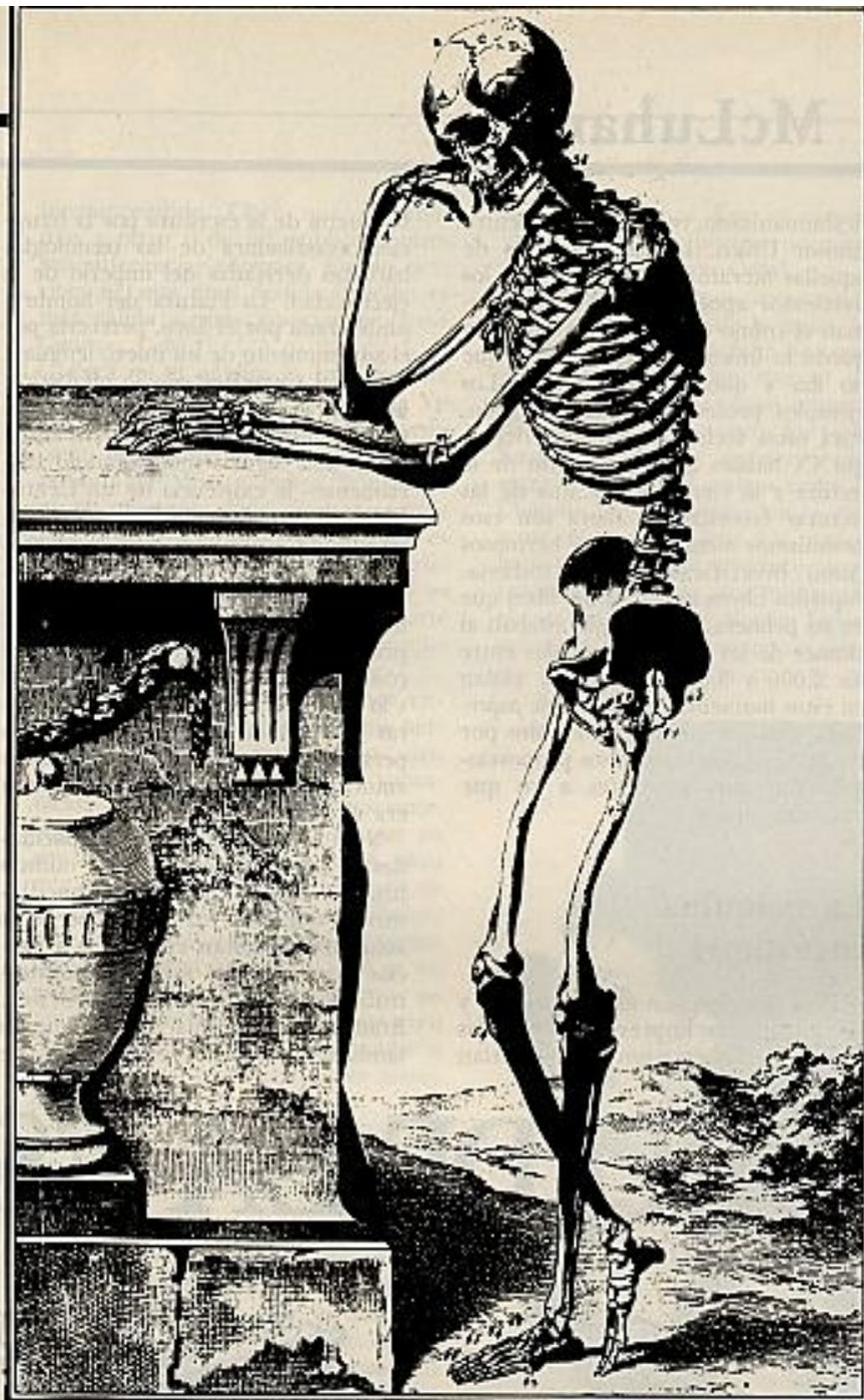
de reconstruir su propio pasado con Semprún -la época de la gran ilusión, la época de las esperanzas- lo que la ficción imagina es que el pasado fue otro: De Gaulle muerto en un helicóptero mientras en las calles de París triunfaba definitivamente el movimiento de mayo de 1968. Hemos llegado a una época en la que en lugar de tener pensamientos utópicos para con el futuro los tenemos para con el pasado. Como si a partir de un punto todo se hubiera equivocado y fuese necesario volver a ese punto para hacerlo todo bien.

-Por fin se aleja usted de la sexualidad y entra en una cierta razón, dentro del disparate...

-Ni por un momento me he alejado de la sexualidad. Volver atrás es siempre volver a la plenitud sexual. Al tiempo de la virilidad.

-Y eso, por ejemplo, le está vedado a las mujeres, que en ningún caso pueden volver a la virilidad... A menos que se haga usted tan antiguo, tan discípulo del antiguo maestro, que recuerde la historia de la «envidia del pene»... Y del complejo de castración de la mujer...

-Cuidado, no es algo tan antiguo. Y no están excluidas las mujeres de todo esto. Una madrugada pasada, cuando probablemente estaba usted entregado a Dios sabe que acto cultural con el que disfracar su angustia, escuché por radio la voz tranquila de Montserrat Roig, una de las grandes feministas serenas. Hablaba de su despertar sexual, de la noción de su propio cuerpo, y relacionaba todo ello con sus inicios en la literatura y el periodismo. Explicaba la emoción intensa que sintió cuando le publicaron su primer trabajo en TRIUNFO, cuando publicar un artículo en TRIUNFO significaba «alcanzar lo que no se podía alcanzar». Cambie usted el nombre de virilidad por el de feminidad -en el mejor sentido de la palabra- y tendrá la misma sensación de volver a vivir la utopía. El tema de la plenitud sexual es el mismo para las mujeres que para los hombres. Si he utilizado la palabra virilidad es solamente por una corrupción del lenguaje. En cuanto a la «envidia del pene», es una frase que se ha entendido mal: se ha tomado el rábano por las hojas, si usted me permite una expresión que también es un poco fálica. No es un impulso biológico, una frustración inconsciente de la mujer, sino la consecuencia de una educación, de una culturización, de una colonización de la mujer. Revelarlo es



luchar contra él, hacerlo patente para poder combatirlo, como está pasando ahora. Además, es algo que también sienten los hombres de esta civilización disparatada en la que vivimos: la envidia del pene de los otros hombres. La colonización del hombre, su inculturación obligada, incluye también la falocracia. Al hombre se le educa en la idea de que su pene tiene que tener un tamaño descomunal: se habla de medidas enteramente fantásticas. Como se habla de verdaderos «Records» en el ejercicio del acto sexual. El hombre, a solas con su cosita, piensa siempre que la de los demás es superior; y cuando se encuentra con los límites normales de su ejercicio, los compara con los de las leyendas orales, con los de la literatura y el

cine pornográficos. Y se encuentra mal dotado.

—Si lo que usted quiere decir es que cuando yo soñaba que era Adolfo Suárez lo que estaba era envidiando el falo de Adolfo Suárez, podemos tener un disgusto importante...

—En cierta forma, sí, y procure usted evitar el disgusto: los disgustos no tiene razón de ser y hoy se combaten con píldoras. Se ha identificado el machismo con el poder. No tiene usted más que ver la adoración de ciertas damas por lo que suponen ser la contextura de Tejero. Y la admiración por la Argentina en esos mismos sectores, convencidos como están de que la Junta Militar es viril. Hay una clara contraposición entre el general Galtieri, macho con frases machistas

—treinta millones de argentinos irán a la guerra...— con la de Margaret Thatcher, femenina. He oído decir a alguien cuyo nombre me callo, que si Gran Bretaña estuviera dirigida por un hombre, el conflicto no se habría producido. Hubiera sido posible de todos modos: no olvide usted que las Malvinas tienen nombre de mujer, y que los cañones apuntando hacia las islas, y los soldados violándolas, son un residuo del pensamiento sexual.

—Doctor, usted está loco.

—Es mi oficio.

Me pasa siempre. El psiquiatra interior va saliendo poco a poco de dentro. Le invoco con una cierta burla, para inventarme un interlocutor válido, dada la soledad familiar que me rodea, las mujeres castradoras que dirigen mi vida, mi puesto subalterno ante hombres que son jefes, la tendencia psicológica a sumarme al feminismo. La invoco, con el ánimo de tener de quien burlarme. Termina creciendo, hablando más que yo. Termina en el borde de esa forma de locura que se llama la frivolidad, y soy yo quien se va callando, silenciando.

Vuelvo al salón de la casa. Las tres mujeres contemplan ahora la televisión. La abuela hace calceta al mismo tiempo, para fingir que no acepta que la televisión sea algo total, sino meramente secundario, un simple fondo que no es capaz de llenarla, a ella, precisamente a ella. La madre es de otra generación y contempla fascinada la pantalla. La hija es ya como la abuela: hace como que passa, fumea tontamente, hojea libros, no que se queda con ninguno; se mira las uñas, se esponja el pelo, se mira atentamente las piernas como si fueran un tesoro. Están viendo, a pesar de todo, nada menos que Stand Laurel y Oliver Hardy en «Fra Diavolo». Contemplan sus torpezas, sus difíciles relaciones mutuas y al mismo tiempo su unidad; el viejo truco de Cervantes. Apenas se rien: se ve que les desprecian. Pronto comprendo la verdad: les identifican conmigo. Con el ridículo, con el que quiere ser un condottiero y apenas llega a personaje cómico e inútil. Yo tengo que abstraerme. Me siento donde puedo —yo antes tenía un sillón, mi sillón; ahora lo ocupa cualquiera de ellas— y trato de identificar a los dos personajes. Pueden ser Calvo-Sotelo y Adolfo Suárez. Caminando por su edad media, cabalgando con pueden, contemplando las ruinas de la Moncloa. ■ P.